

gente de las imperfecciones del alma y de su nativa debilidad: ésta fué la *inspiración divina*. El pueblo hebreo es, ante todo, el representante de una idea, la eternidad: por esto revela en historia, en estilo, en tradiciones gran profundidad profética. Cada hecho tiene un doble significado: el uno material y presente, el otro simbólico y futuro.»

En un paralelo que el sabio Mons. Plantier, obispo de Nîmes, hace entre la poesía bíblica y la pagana, afirma¹: «Como todas las poesías orientales, cuya flor es la poesía bíblica, se presenta ésta á la imaginación con un colorido que encanta y la distingue de las demás. Constantemente extraña á todo objeto bajo y á todo adorno frívolo, se rodea del mérito más serio y del interés más solemne. Órgano de la verdad, mensajera del Altísimo, musa de la humanidad, símbolo majestuoso y augusto del genio poético y de la belleza literaria, ¡cuán inagotable es la hermosura de la Biblia! Ningún escritor entre los de Grecia y Roma se distingue como los escritores sagrados por la solidez del asunto, la utilidad del fin, las formas siempre púdicas y á menudo sublimes, y el carácter nacional y humanitario que revelan.» Y no puede ser de otro modo, porque la Escritura contiene la palabra de Dios y es el medio de comunicación entre Él y el hombre sobre los asuntos más elevados y divinos, sobre los intereses más graves de nuestra vida temporal y eterna, según observa Mons. Dupanloup.

«Hombres del mundo, que admiráis las proezas é historias profanas», exclama el erudito Laurens², «decidme si alguna de ellas tiene el sello de majestad constante que caracteriza todos los hechos de la historia sagrada. El Génesis ofrece cuadros de costumbres más puras y de sencillez más encantadora que los de Herodoto y Homero. ¿Os encanta la poesía? Abrid los libros que contienen los cantos líricos de Israel: ellos os conmoverán más que las odas de Píndaro y Horacio. ¡Qué diferencia entre las cumbres de Helicón y las del Sinaí! Los cisnes y las palomas arrastran por caminos tapizados de flores el carro de las musas griegas y latinas; mientras que

¹ Etudes littéraires sur les poètes bibliques. ² L. c.

las águilas os trasladarán en sus alas á las cimas del gracioso Carmelo y del majestuoso Líbano. ¿Os agrada la tragedia y admiráis á Sófocles? Leed el poema de Job, obra maestra y sin rival en que el infortunio está maravillosamente pintado, y el problema de la Providencia discutido y resuelto en lenguaje encantador. ¿Os subyugan la elocuencia robusta de Demóstenes, los hermosos discursos de Cicerón? ¿En dónde puede encontrarse más elocuencia que en los profetas? ¿Amáis la filosofía, creéis que no existe cosa igual á los diálogos del divino Platón, nada más grande y sesudo que los tratados morales de Plutarco y Cicerón, las cartas de Séneca, las máximas de Sócrates y las sentencias de Marco Aurelio? Tenéis razón de pensar así, si no habéis leído los Proverbios de Salomón, el Eclesiástico, el Eclesiastés, el Libro de la Sabiduría y, sobre todo, las máximas de eterna verdad del Hijo de Dios, de San Pablo y de los demás apóstoles. En ellos se encuentran todo el tesoro de la verdad, todas las enseñanzas de la virtud, todo el encanto del lenguaje.»

CAPÍTULO SÉPTIMO.

LA BIBLIA.

(Conclusión.)

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — 2. La Biblia y la ciencia: acuerlo que existe entre las dos. — 3. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre. — 4. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia. — 5. Juicio de varios escritores notables sobre la sagrada Biblia.

1. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la Revelación, la cual nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales aun del orden natural. — Es innegable que hay muchas verdades de un orden superior al natural,

que exceden, por lo mismo, á los alcances de nuestro débil entendimiento. Afirmar lo contrario equivaldría á negar la existencia del mundo sobrenatural y á igualar á Dios con el hombre. Dichas verdades, tales como las relativas á los misterios de nuestra religión, al fin sobrenatural del hombre y á los medios proporcionados de alcanzarlo, así como todas las prescripciones de la religión positiva, que dependen de la libre voluntad de Dios, nos son únicamente conocidas por la revelación divina.

Mas para conocer claramente, con firme certidumbre y sin mezcla de error, todas las verdades religiosas y morales del orden natural, necesitamos *moralmente* de la revelación, cuyo auxilio disminuye ó desaparece la dificultad que tenemos de conocerlas, á causa del daño que el pecado original produjo en nuestra inteligencia. «Á la divina revelación se debe que muchas verdades acerca de las cosas divinas, que de suyo no son inaccesibles á la razón, aun en la presente condición del género humano puedan ser conocidas de todos, con facilidad, firme certeza, y sin mezcla de error.»¹

Habría tres inconvenientes, dice Santo Tomás, en que la adquisición de las verdades religiosas del orden natural se dejase solamente á la razón: 1.º El conocimiento de estas verdades sería el patrimonio de pocos hombres; porque los más, por falta de aptitudes, por pereza ó por sus ocupaciones, no se dedican á este trabajo. 2.º Aun los pocos que á éste se consagran, no podrían conocer debidamente dichas verdades, sino después de largo tiempo; ya por la profundidad de éstas, lo que impone al entendimiento una labor asidua y difícil; ya por las muchas materias que sería necesario saber, para adquirir la ciencia de la religión y de las cosas morales; ya por las pasiones á que el hombre está sujeto, sobre todo en la juventud, las que sirven de rémora al estudio. 3.º Muchas veces la falsedad se mezcla á las investigaciones de la razón humana, por la deficiencia de nuestro entendi-

¹ «Divine revelationi tribendum est, ut ea, que in rebus divinis humane rationi per se impervia non sunt, in presenti quoque generis humani conditione ab omnibus expedite, firma certitudine et nullo admixto errore cognosci possint» (Constit. dogm. de fide cathol. c. 2).

miento en juzgar de las cosas y por el influjo de fantasmas ó representaciones equivocadas². Por último, la historia y la experiencia comprueban que el linaje humano, destituido de la luz de la revelación, no sólo careció de la ciencia conveniente de estas verdades, sino que cayó en gravísimos errores acerca de Dios, de sí mismo, del prójimo y del mundo. Aun los ingenios más preclaros del paganismo fueron víctimas de tamaño mal; lo cual manifiesta que sin la revelación no podía el hombre librarse de dichos errores³.

«Antes de Jesucristo», dice un autor moderno³, «la razón dominaba en casi toda la haz de la tierra. Era ella la aurora de las diversas religiones que había, la escuela de la moral, el senado de las leyes, el admonitor de las familias. Pero entonces los hijos de los hombres yacían en las tinieblas, ignorando su origen, su naturaleza, su destino. Las religiones eran monstruosas: si algo bueno había en ellas, debíanlo á las tradiciones antiguas, era un resto de la revelación primitiva. Los dogmas de entonces formaban un cúmulo de absurdos; el culto, un haz de supercherías. En la mayor parte de los pueblos la legislación era insensata, inculca, tiránica, y las costumbres, así públicas como privadas, no respiraban sino el vicio, la crueldad, la barbarie. Todo era ruinas.

¹ «Sequerentur tria inconvenientia, si huius veritas solummodo rationi inquirenda relinqueretur. — Unum est, quod paucis hominibus Dei cognitio inesset. A fructu enim studiosæ inquisitionis, qui est veritatis inventio, plurimi impediuntur tribus de causis. Quidam siquidem impediuntur propter complexionis indispositionem, ex qua multi naturaliter sunt indispositi ad sciendum. . . . Quidam vero impediuntur necessitate rei familiaris. . . . ; quidam autem impediuntur pigritia. — Secundum inconveniens est, quod illi, qui ad prædictæ veritatis cognitionem vel inventionem pervenerint, vix post longum tempus pertingent, tum propter huiusmodi veritatis profunditatem, ad quam capiendam per viam rationis non nisi post longum exercitium intellectus humanus idoneus invenitur; tum etiam propter multa, que præxiunguntur; tum etiam propter hoc, quod tempore iuventutis, dum diversis motibus passionum anima fluctuat, non est apta ad tam altæ veritatis cognitionem. . . . Tertium inconveniens est, quod investigationi rationis humane plerumque falsitas admiscetur, propter debilitatem intellectus nostri in indicando, et phantasmatum permutationem» (Summa contra gent. l. 1, c. 4).

² Cf. *Prevel*, Elem. Theol. dogmaticæ.

³ *Fernández Concha*, Derecho público eclesiástico.

«¡Cuán mudado de lo que es por su propia virtud, quedó el espíritu humano con la claridad de la luz revelada! Los dogmas de la religión celeste le comunican cuanto es menester que sepa, le explican todos los problemas que le tocan, calman el vértigo que padece, le inundan de sabiduría, le transportan á regiones apacibles y refulgentes. Sin dejar nada sin satisfactoria respuesta, sin contradecirse jamás, enlazando todas sus nociones en un plan tan vasto como lógico, dicen-nos de dónde venimos y adónde vamos; nos dan la razón de ese dualismo de obscuridad y de luz, de mal y de bien en que se agita la vida terrena; señalan las causas de la felicidad y desventura de los individuos, de la caída y exaltación de las naciones; asientan los principios del orden general, especialmente del humano y social; fijan en todas las cosas la parte que cabe al hombre y la que es de Dios, bondad inagotable y sabiduría infinita; en una palabra, los dogmas nos suministran todos los conocimientos, así naturales como sobrenaturales, que habemos menester para atravesar los mares del mundo sin perecer en las borrascas ni dar contra los escollos, y serenos y triunfantes arribar al puerto de la salud inmortal y de las divinas magnificencias.»

«¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo?» se dice en el Eclesiastés: «He visto la pena que ha dado Dios á los hijos de los hombres para su tormento. Todas las cosas que hizo Dios son buenas, usadas á su tiempo; y el Señor entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres: *de suerte que ninguno de ellos puede entender perfectamente las obras que Dios creó desde el principio hasta el fin.*»¹

Cuanto se relaciona con el principio altísimo del hombre y su destino inmortal, cuanto mira á nuestra eterna salud y á los medios de alcanzarla, se ha dignado Dios descubrirnos y revelarnos, para que nadie se excuse de conseguir su fin último. No así en los conocimientos profanos y puramente científicos. En ellos ha dispuesto que el hombre los adquiera

¹ «Quid habet amplius homo de labore suo? Vidi afflictionem, quam dedit Deus filiis hominum, ut distendantur in ea. Cuncta fecit bona in tempore suo, et mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniant homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem» (Ecl. III, 9—11).

con su esfuerzo personal; y por mucho que avance y se fatigue en sus investigaciones, siempre tenga que reconocerse débil en facultades, limitado en conocimientos.

*Entendí que el hombre no puede hallar razón completa de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo; y que, cuanto más trabaje por descubrirla, tanto menos la hallará: aunque dijere el sabio que él la sabe, nunca podrá dar con ella*¹. Después de citar este pasaje de los Libros Santos el abate Moigno exclama²: «Este versículo me ha despertado, con sobresalto y penosamente, como de un sueño harto largo y profundo. Hace cuarenta y seis años que estoy estudiando la física y la química, y acabo de aprender por la revelación lo que debía saber tiempo ha por la experiencia: es decir, que mis estudios no me han dado la explicación completa *ni de uno solo* de los innumerables fenómenos ó hechos de la naturaleza. La ciencia ha caminado desde treinta años acá á pasos de gigante; pero todos sus progresos, sin exageración alguna, me han conducido á mí y á todos á la *multiplicidad de las incógnitas*. Cada paso dado hacia adelante nos ha puesto en presencia de una nueva incógnita. Y la ciencia ¿no se humillará todavía bajo la mano de Dios, quien con muchos miles de años de anticipación, le señaló los límites que no traspasará jamás? *Tú llegarás hasta aquí, y no irás más allá; porque aquí se estrellará tu oleaje tumultuoso*. El progreso no ha hecho sino hacer retroceder la dificultad.»

Los racionalistas, á título de enaltecer los derechos y fuerzas de nuestro débil entendimiento, no admiten sino las verdades que están á su alcance y rechazan todas las del orden sobrenatural, que conocemos únicamente por medio de la revelación. «Y ¿por qué se llaman *racionalistas*», dice el Padre Fernando Ceballos³, «cuando, siendo la ciencia el fin

¹ «Et intellexi quod omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem eorum, que sunt sub sole; et quanto plus laboraverit ad querendum, tanto minus inveniat; etiam si dixerit sapiens se nosse, non poterit reperire» (Ecl. VIII, 17).

² «Los esplendores de la fe.»

³ «La falsa Filosofía» (cita de *Menéndez y Pelayo* en su obra «Los heterodoxos españoles»).

del ejercicio de la razón, no quieren subyugar su entendimiento á la fe por algunos instantes, para merecer saber y comprender siempre? ¿En qué estudio no se comienza por el asenso al maestro y á la fe humana? ¿No ponderan á cada paso los filósofos las flacas fuerzas de la razón, y muchos no desconfían en absoluto de ellas? Más ciencia descubre la noche de la fe que el día humano. La fe levanta á la razón sobre su esfera natural, á la manera que el telescopio acrece el poder y el alcance de la vista. ¿Por las impresiones de nuestros sentidos queremos argüir al que los hizo? Quien arroje el telescopio no verá los misterios del cielo; quien prescinda de la revelación, nunca entenderá el misterio de las cosas ni alcanzará á rastrear las maravillas del plan divino. Además, la filosofía es insuficiente para la virtud y para la práctica de la vida: no ataca la raíz de la concupiscencia, vestigio del pecado original; carece de sanción eterna, ó no tiene en qué fundarla; á lo sumo, y prescindiendo de sus contradicciones, convencerá al entendimiento, pero no moverá la voluntad, ni sanará el corazón, ni dará á los hombres la paz que sobrepaja á todo sentido, la alegría y gozo del Espíritu Santo, el espíritu de verdad y santificación, que graciosamente se nos comunica por los sacramentos. ¡Qué repentina y eficaz metamorfosis la que obró la revelación en el mundo antiguo! ¡Cómo se realizó la naturaleza humana!»

El acto de fe, ó sea la adhesión á las verdades sobrenaturales, no es ciego é inconsciente, como pretenden los racionalistas; pues no es sólo permitido al hombre darse cuenta de sus creencias religiosas, sino que tiene obligación de hacerlo, siempre que su inteligencia sea capaz de ello. La razón no creería, dice Santo Tomás, si no viese que se debe creer. «No despreciéis las profecías», advierte San Pablo: «*examinad, sí, todas las cosas y ateneos á lo bueno.*»¹ Gracias á este discernimiento lleno de prudencia, nos pondremos, siguiendo el consejo de San Pedro, *en estado de justificar nuestras esperanzas á cuantos nos pidan razón de ellas*². Que no se impute á la Iglesia, afirma el Concilio Vaticano,

¹ 2 Thess. IV, 21.

² 1 Petr. III, 15.

el exigir una fe absolutamente ciega é irracional; que no se la acuse de pretender que los que han creído y los que para creer han hecho de su razón un uso saludable, no pueden continuar empleándola en hacer su fe más humilde, pero también más ilustrada.

El concurso de la razón es indispensable para llegar al conocimiento de las verdades sobrenaturales; pues ella juzga de los motivos de credibilidad y comprueba la certidumbre de la revelación divina¹.

2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre las dos.—La Biblia contiene la palabra divina, escrita por un autor inspirado, y reconocida como tal por la Iglesia católica. La ciencia, según la acepción común, es el conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas. Diverso es, por lo mismo, el fin de la ciencia y el de la revelación contenida en la Biblia, y las dos, como afirma el cardenal Newman, se mueven en órbitas diversas; cada una puede enseñar en su dominio propio, sin temor de que intervenga la otra. Ciertamente, pudo Dios hacer superflua la investigación científica de la naturaleza revelando las verdades que constituyen su objeto; pero no ha querido hacerlo así... El hombre debe, pues, trabajar para adquirir las verdades del orden natural y acrecentar tan precioso caudal.

Según el Padre Prat², «San Agustín establece dos categorías de verdades: las que tienen por objeto la naturaleza, en que los sabios son competentes; y las que conciernen á la fe, en que su incompetencia es absoluta. Aceptamos las primeras bajo su palabra, con tal que estén acompañadas de pruebas suficientes, y manifestamos que la Biblia, debidamente interpretada, no es contraria á ellas; en cuanto á las otras, negamos á todo profano el derecho de ocuparse en ellas, pues forman el dominio inalienable del creyente iluminado por la revelación... Existe, pues, el dominio de la fe y el de la ciencia. No permitamos á los profanos invadir el terreno que nos es propio y en el que reinan sin rivales el magisterio

¹ Cf. la obra «Accusations contre la religion».

² Progrès et tradition en exégèse.

infalible de la Iglesia y el testimonio de la tradición; pero en el otro dominio, en que los Padres han podido sufrir el influjo de su época y expresar opiniones que no se aceptarían hoy, conviene acudir á los depositarios de la ciencia.»

Pero aun cuando el dominio de la revelación y el de la ciencia sean distintos, y no haya ciencia revelada sino en la medida necesaria á la salud del hombre y á la economía de la fe, como dice el mismo Padre Prat, es indudable que, lejos de haber *incomunicación de objeto entre la revelación y la ciencia*, tienen éstas frecuentes puntos de contacto, como lo manifiestan las «ciencias históricas y sus anejas la arqueología, etnografía, geología y otras, que se encuentran á menudo en su objeto con la doctrina revelada», según afirma el cardenal Franzelin¹.

La ciencia humana es limitada, ya que apenas es un rayo del clarísimo sol de la sabiduría divina. Ciertamente que al influjo del cristianismo se regeneró en todo sentido la humanidad, mediante la fe y la fuerza divina de la gracia; cierto que, según la expresiva frase de Ozanam, «el cristianismo ha puesto almas de héroes en corazones de carne, y ha elevado al hombre sin destruir ninguna de las flaquezas respetables de su naturaleza»; pero, no obstante, las obras del hombre, como procedentes de árbol débil y enfermizo, manifiestan su pequeñez é imperfección nativa. Si en el orden material tiene que fatigarse para obtener los frutos de la tierra, también en el orden moral é intelectual debe luchar por preservarse del error y el vicio, para ilustrar su inteligencia con la verdad y fortalecer su voluntad con la práctica del bien. El estudio y meditación de la Santa Escritura, que abre horizontes inconmensurables á la cultura del espíritu y del corazón, depura el gusto literario, contribuye eficazmente á la limpieza de las costumbres y á la adquisición de importantísimas verdades.

Conteniendo la Biblia los oráculos y enseñanzas de Dios, y siendo cuanto existe obra de sus manos, no puede haber oposición entre las verdades naturales y las sobrenaturales,

¹ De Tradit. et Script. (cita del P. Maville).

entre la ciencia y la revelación. Dios es verdad por esencia, y no puede enseñar, por lo mismo, el error sin contradecirse á sí mismo; contradicción que habría en caso de existir conflicto entre las afirmaciones ciertas de la ciencia y las enseñanzas de la Escritura.

Las ciencias se clasifican en filosóficas y experimentales. La filosofía trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales; la teodica estudia á Dios y sus atributos á la sola luz de la razón; y las ciencias experimentales se ocupan en los fenómenos materiales, en los hechos positivos, sus causas y leyes que los rigen.

De estas definiciones se deduce que, lejos de haber pugna, hay acuerdo entre la filosofía, la teología natural y la Biblia; porque teniendo ésta á Dios por autor, no puede enseñar cosa alguna contraria á las cualidades intrínsecas de los seres, y mucho menos á las perfecciones divinas.

Tampoco puede existir conflicto entre la ciencia experimental y la fe.

«En efecto, ¿qué cosa es antagonismo? El encuentro de dos fuerzas opuestas que avanzan en sentido contrario sobre el mismo terreno», dice el Padre Didon¹. «La ciencia y la fe representan dos fuerzas, y, para que haya choque ó conflicto entre ellas, sería necesario que obrasen en sentido contrario sobre un mismo y determinado plano.

«Estudiando desde este punto de vista la ciencia experimental y la fe, se las ve diferir por el *objeto* y el *plan*, por el *método ó dirección*, y por el *fin*.

«La ciencia experimental tiene por *objeto* el fenómeno visible y material, lo que está al alcance de los sentidos, lo que se ve y se toca, lo que se cuenta, se mide y se pesa. Ella busca el orden de los fenómenos y determina los que son anteriores, á título de condiciones previas, á los fenómenos subsiguientes. Su *método*, en último análisis, consiste en poner en relación la inteligencia con los hechos de la naturaleza, mediante la observación y la experiencia. Sólo es cierto para ella lo que ha sido observado y experimentado. El *hecho*:

¹ La science sans Dieu.

he aquí lo que le importa. La hipótesis no tiene valor definitivo sino cuando ha sido directamente verificada ó comprobada: Saber y poder es el *fin* supremo de dicha ciencia: *saber* el orden de los fenómenos sensibles, las condiciones por las cuales se manifiestan éstos y se determinan; *poder* mandar á la materia. La ciencia confiere el dominio del Universo al hombre que viene á ser por ella el lugarteniente de Dios.

«Ahora bien, ¿cuál es el *objeto* de la fe? No el fenómeno sino el principio primero, la causa absoluta, Dios. El fenómeno es de un grado inferior; porque toda causa y principio son transcendentales y superiores al fenómeno que engendran. El fenómeno es contenido por ellos; pero él no los contiene... El misterio de la vida íntima de Dios; la unión inmediata en unidad de persona de la naturaleza divina y de la humana en Jesucristo; la relación directa y voluntaria de la naturaleza humana con la esencia divina por medio de Cristo: todo esto es objeto de la fe, secreto inenarrable que no se descifra sino por la divina palabra de la revelación.

«En cuanto al *método* de la fe, todo su procedimiento consiste en adherirse á la palabra y testimonio de Dios, que no se engaña, porque es infinitamente sabio, y que no puede engañar á otros, porque es bondad y rectitud por esencia. La ciencia experimental tiene por método interrogar á la naturaleza, que le responde con los hechos; la fe tiene por método interrogar á Dios, que le contesta revelando lo que es Él. Dios comprueba su presencia con señales que no contiene la naturaleza, pues superan á sus leyes ordinarias y prueban la intervención directa de Dios, quien únicamente puede ser causa de aquéllas.

«La fe tiene por *fin* conducir á la humanidad á su perfección ideal y supremo destino; unir á los hombres de buena voluntad, por el intermedio de Cristo, revelador y salvador, á Dios que los ha criado, los llama y los aguarda.

«Hay, pues, diferencias y armónicos contrastes entre la ciencia y la fe: la una es terrena, la otra celestial; la una nos hace mirar este mundo que se va, la otra nos invita al cielo en donde todo es eterno; la una se limita á enseñarnos los fenómenos que huyen á nuestra vista, la otra se eleva á

la substancia inaccesible que no cambia; la una nos da el planeta por dominio, la otra nos presenta el reino de Dios; la una exalta nuestra animalidad, la otra nos diviniza libertándonos de ésta; la una nos deja en la tierra de que fué formado nuestro cuerpo, la otra nos eleva hasta el Espíritu que sopló sobre nosotros; la una nos constituyete, como decía Claudio Bernard, dominadores de la materia, la otra nos hace, como dice San Juan, hijos adoptivos de Dios.

«¿Dónde están los conflictos? Que los sabios respondan y los señalen. Yo no veo sino un contraste armónico¹ entre la ciencia y la fe, y sus enseñanzas. Las dos no se excluyen, como tampoco se excluyen la tierra y el cielo, la materia y el espíritu. Estas cosas no deben oponerse, sino aproximarse: su acuerdo es la obra maestra, la maravilla de la creación.

«Para que existiese conflicto entre la ciencia y la fe, habría que presentar un hecho científico, legítimamente comprobado, y por tanto irrecusable, que estuviese en oposición con una fórmula dogmática, ó una interpretación sancionada por la Iglesia.

«Ahora bien, yo lo proclamo muy alto: este hecho no existe, y añado sin temor: si existe, que se le muestre... Todas las contradicciones con que ciertos sabios prevenidos meten tanto ruido, y que un autor americano se ha apresurado á coleccionar en una obra intitulada 'Los conflictos de la ciencia y de la religión', nacen de la ignorancia de las enseñanzas de la fe, ó de la confusión de los diversos elementos de la ciencia.»²

Lejos de haber pugna entre la revelación y la ciencia, existe acuerdo entre ellas y se auxilian mutuamente, como lo comprueban los hechos. El acuerdo es claro é indudable para todo espíritu sereno y reflexivo. La ciencia, en efecto, es la *expresión fiel de la realidad objetiva del Universo, ó esta misma realidad reproducida fielmente por la mente hu-*

¹ Ó, mejor dicho, diferencias originadas del objeto, del fin y del método de entrambas. (Nota del Autor.)

² P. *Dillon* l. c.

mana; la revelación comprende el conjunto de verdades que Dios se ha dignado comunicarnos; así que ambas «en su ser objetivo son dos series ó categorías de signos de que Dios se vale para ponerse en comunicación con el hombre y manifestarle la verdad por una doble vía: la una del orden común, adaptada á la índole investigadora de la inteligencia; la otra, de esfera superior, mediante el testimonio y la palabra formal de la sabiduría divina. Si, pues, Dios se propone manifestar por ambas vías el mismo objeto, ¿podrá existir contradicción entre los signos objetivos de que se vale para manifestarle, ó entre la doble expresión de los mismos en la mente cuando ésta los ha reproducido con fidelidad? Sólo podría afirmar esto quien supusiera, ó que Dios puede ser autor consciente é intencionado de una decepción, ó que no dispone de medios adecuados á sus fines, ó que no sabe atinar á emplearlos con acierto para obtener sus intentos. Es, por lo tanto, una verdad axiomática, indiscutible, que al tratarse de un enunciado común á la revelación bíblica y á la ciencia, es absolutamente imposible la oposición formal y objetiva entre esas dos fuentes de verdad, entre esas dos emanaciones de la inteligencia divina, entre ese doble rayo luminoso emitido por un mismo foco.»¹ Razón muy sobrada tuvo Santo Tomás para afirmar que «cuanto en las ciencias profanas fuese contrario á la ciencia sagrada, ha de ser condenado como falso»².

«No puede haber verdadera disensión entre la teología y la física», dice León XIII, «con tal que ambas se mantengan en sus límites y cuiden, según aconseja San Agustín, de no afirmar nada temerariamente ni de tomar lo desconocido por lo conocido.»³

¹ P. *Murillo*, La hermenéutica bíblica y la ciencia. Cf. «Jesucristo y la Iglesia Romana», Parte II.

² «Quidquid in aliis scientiis invenitur veritatis scientie sacre repugnans, totum condemnatur ut falsum» (Summa theol. I, q. I, a. 6).

³ «Nulla quidem theologum inter et physicum vera dissensio interesserit, dum suis uterque finibus se continent, id caventes, secundum S. Augustini monitum, 'ne aliquid temere et incognitum pro cognito asserant' (In Gen. op. imperf. IX, 30)» (Encycl. *Providentissimus Deus*, d. d. 18 Nov. 1893).

«Si la ciencia y la fe proceden del mismo principio, ¿cómo no han de ser hermanas amorosísimas? Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento, y le dió inclinación nativa para conocer la verdad, y no para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón á su perfección y término, aun después de obscurecida y degradada por el pecado original, cuanto más después de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo? Si la razón es *luz de luz*, interviniendo el concurso divino en el acto de conocer nuestro entendimiento la verdad; *¿está signada sobre nosotros la lumbre del rostro del Señor*, ¿quién osará decir que la ciencia es enemiga de la verdad suma, que la ciencia es enemiga de aquella altísima revelación que Dios, por un acto de infinito amor se dignó comunicar á los hombres? Sólo pueden decirlo los defensores de la soñada independencia y autonomía de la razón; como si la razón sin Dios y entregada á sus propias fuerzas no fuese flaquísima y vacilante, y no tropezase y cayese en lo más esencial, quebrantándose y rompiéndose contra infinitas barreras. ¡Pobre y triste cosa es la ciencia humana, cuando la luz de lo alto no la ilumina! Por todas partes límites, deficiencias, como ahora dicen, contradicciones y nudos inextricables. Tal es el fin de la jornada: sed que no se sacia, y hambre que se torna más áspera, cuando se cree estar más cerca de la hartura.»¹

La Biblia y la naturaleza, dice el Dr. Kurtz, son ambas palabra de Dios, y deben por tanto concordar forzosamente entre sí; y cuando esa conveniencia no aparece, la falta está, ó en la exégesis del teólogo, ó en la interpretación del naturalista.²

3. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre.—El fin principal de la Biblia es enseñar al hombre la ciencia de Dios, que es la más alta y hermosa entre todas; la que más aprovecha y moraliza al hombre; la que mejor instruye y cultiva la inteligencia humana.

¹ «La Ciencia y la Revelación» (cita de *Menéndez y Pelayo* en su obra «Los heterodoxos españoles»).

² Cita del P. *Mir*, La creación.

Pero, aun cuando la Biblia no se proponga *ex professo* enseñar las ciencias profanas, contribuye mucho á su desarrollo, tanto por los variados conocimientos que es preciso tener para comprender ciertos lugares de la Escritura, como por los profundos estudios que, en muchos ramos del saber humano, han tenido que hacer los expositores y defensores de ella.

Además, por el íntimo enlace de las verdades entre sí, la divina revelación no puede ser extraña ni menos opuesta á las verdades del orden natural, como antes se ha probado. Por esto hay en la Biblia algunas enseñanzas científicas que á los sabios han servido de punto de apoyo en la investigación de los arcanos de la naturaleza. Es innegable, por lo mismo, que la Sagrada Escritura es muy útil para la cultura del hombre, aun en el orden natural.

El estudio de la Biblia *se refiere á todo, habla de todo, supone todos los conocimientos*; y el que quiere conocer bien la Biblia debe ser, en alguna manera, un hombre universal, dice un autor de nuestros días.

He aquí sumariamente indicadas las ciencias que exige el conocimiento cabal de la Biblia: 1.º El estudio de las *lenguas* en que están escritos los Libros santos. 2.º El estudio de la *geología*, que explica las transformaciones sufridas por el globo terrestre. 3.º El estudio de la *astronomía*, esto es, de la naturaleza y número de los astros, de sus diversas revoluciones, de la época de su creación y de su influencia sobre el globo terrestre. 4.º El estudio de la *biología*, es decir, del origen de la vida en las plantas y en los animales. 5.º El estudio de la *paleontología*, ó sea, de las plantas y de los fósiles descubiertos en las diversas capas del globo. 6.º El estudio de la *antropología*, ó sea, del hombre desde el punto de vista de su origen, de lo que le distingue de los otros animales, de la unidad de especie y de la época de su aparición en el globo. 7.º El estudio de la *etnología*, que comprende á la vez la cronología y la historia, así como el estudio de los pueblos desde el punto de vista de su antigüedad, de su lengua y de sus costumbres¹.

¹ Cf. «Accusations contre la religion».

La Biblia, observa Mons. Plantier, dictada por inspiración divina, proporciona entretenimiento agradable, pero principalmente sirve para gobernar al alma y regular las costumbres; y hasta los impíos han confesado la grande importancia del texto sagrado. La majestad de las Escrituras me admira, decía Rousseau, y la santidad del evangelio habla á mi corazón.

San Jerónimo, tan versado en los estudios bíblicos, recomendaba á todos la lectura de los Libros Santos; y en sus cartas á Leta, á Paula y Eustoquio manifiesta vivo deseo de que aun las mujeres los lean á menudo, á fin de que se recreen, delciten, instruyan y moralicen. En la carta á Leta, dándole consejos para la educación de su hija Paula, dice el mismo Santo: «Comience por aprender el Salterio, y entretenga sus ejercicios de piedad con estos divinos cánticos: busque en los Proverbios de Salomón reglas de bien vivir; en el Eclesiástico, máximas que le inspiren, poco á poco, desprecio del mundo; y en Job ejemplos de virtud y de paciencia. Pase en seguida al evangelio, y téngalo siempre entre las manos: haga su alimento y sus delicias de las Actas y las Epístolas de los Apóstoles; y después de haberse enriquecido con estos preciosos tesoros, lea los Profetas, los libros de Moisés, de los Reyes, los Paralipómenos, el de Esdras y de Ester, y termine el estudio de la Escritura Santa por el Cantar de los Cantares, que se ocupa en las nupcias espirituales entre Dios y el alma.»¹ Tanto encarece este santo Doctor el conocimiento de la Biblia, que llega á asegurar que ignorarla es ignorar á Cristo².

«La lectura de los Libros Sagrados», decía Orígenes, «es una armadura espiritual de que usamos para pelear contra las potestades del infierno y del mundo. Es, según el Crisóstomo, pan del alma y sustento del espíritu, y nos sirve de alcázar para defendernos del pecado; ó de antídoto, en expresión de San Ambrosio, contra nuestras pasiones, y de medicina espiritual contra todas las enfermedades y

¹ Cf. *Nourrisson*, Les Pères de l'Eglise latine.

² Ignorantem Scripturarum esse ignorantem Christi (In Is., Prol.).

dolencias del alma. Aunque no se entiendan los secretos de la Escritura, dice el mismo San Juan Crisóstomo, con todo, su simple lectura causa en nosotros cierta santidad; pues no puede ser que deje de entenderse algo de lo que se lee.»¹

4. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia.—Por desgracia, en nuestros tiempos ha disminuído mucho, entre los católicos, la lectura constante de la Santa Escritura, siendo así que los protestantes tienen cuidado especial de prescribirla y fomentarla, no sólo en el templo sino también en el hogar doméstico y en las casas de educación.

En los primeros siglos de la Iglesia, á pesar de que no había sido aún descubierta la imprenta, y de que, por lo mismo, era más difícil la adquisición de libros, la Biblia era leída á menudo, no sólo por los monjes y sacerdotes, sino también por los fieles, contándose aun no pocas mujeres, como Santa Paula romana, Santa Catalina mártir y otras muchas, que fueron versadísimas en la Sagrada Escritura.

Esta hermosa práctica se conservó en los siglos de fe; y por esto, en todas las clases de la sociedad de aquellos tiempos admiramos tanta solidez en el conocimiento de la religión y tan eximias virtudes públicas y privadas. Porque es indudable que ningún libro puede parangonarse con la Biblia, palabra de Dios, cuya eficacia para atraer los corazones al bien, destruir los vicios y hacer germinar las virtudes, excede á toda ponderación. En las iglesias, en las asambleas públicas, en el seno de las familias se procuraba entonces leer y meditar los Libros santos, entonar alabanzas á Dios, tomadas de los Salmos de David y de los cantos de los profetas, así como recitar varios himnos litúrgicos.

Mas en la época presente esta laudable costumbre va desapareciendo; y para no pocos católicos la Escritura es un *libro cerrado*.

¹ Citas de *Torres Amat* en su «Discurso preliminar sobre los Libros Sagrados».

Conviene, pues, fomentar entre las familias y en los centros de enseñanza la lectura constante de la Biblia, para que el hombre se familiarice con ella desde la primera edad, y la tenga por guía y consejera en las contrariedades y en los sucesos graves de la vida. De este modo, reforecerán las sanas costumbres y, sobre todo, el espíritu cristiano, tan menguado en nuestros días.

Los santos Padres inculcan á menudo la importancia de este estudio; llaman á los Libros Santos «precioso tesoro de las doctrinas celestiales fuentes eternas de salud»; compáranlos á praderas fértiles, á deliciosos jardines, en los que el rebaño del Señor encuentra una fuerza admirable y encanto indecible¹.

Si la salvación del hombre depende del conocimiento de Jesucristo y del amor á Él; y si el evangelio contiene la relación de su doctrina y milagros, este libro debe ser doblemente caro al cristiano, quien ha de tenerlo constantemente á la vista, á fin de saborear su celestial dulzura y conformar su conducta con tan divinas máximas.

Como la Escritura, según la frase de San Jerónimo, «está rodeada de cierta religiosa obscuridad, ningún católico debe emprender su estudio sin guía»², para no imitar á los protestantes que, prevalidos del *libre examen*, la interpretan á su modo y como les parece. Este guía seguro, constituído por Dios, es la Iglesia, única llamada á fijar el sentido de la Escritura, apoyada en el parecer de los Padres y Doctores. Por esto el Concilio Vaticano, renovando un decreto del Tridentino sobre la interpretación de la palabra divina, decidió «que en las cosas de fe y de costumbres, que tienen á la fijación de la doctrina cristiana, se debe mirar como sentido exacto de la Santa Escritura, el que ha considerado y considera como tal nuestra Madre la Iglesia, á quien corresponde juzgar del sentido é interpretación de los Libros sagrados. Á nadie es, por tanto, permitido explicar la Escritura de una manera contraria á esta interpre-

¹ Cf. Encicl. *Providentissimus Deus*, de León XIII.

² Ad Paulin. de studio Script., ep. 53. 4.

tación ni tampoco contra el consentimiento unánime de los Padres.»¹

Mas, al recomendar y encarecer el estudio y meditación de la Biblia, no pretendemos imponer su lectura como obligación estricta á toda clase de personas; porque á las ignorantes, en special, les basta, como dice San Agustín, apoyarse en la fe, esperanza y caridad, conservando y guardando las enseñanzas de la Iglesia, fiel intérprete de las Sagradas Escrituras. Las cosas divinas no deben revelarse á los hombres sino según su capacidad, afirma Santo Tomás: de otra manera se les daría ocasión de precipitarse, pues despreciarían lo que no podrían comprender. La Iglesia, añade Fenelón, ha seguido constantemente estas dos máximas: 1.º Dar el texto sagrado á aquellos hijos suyos que están bien dispuestos para leerlo con fruto; 2.º *No arrojar las perlas á los cerdos*, esto es, no dar el texto sagrado á los que no lo leerían sino en su detrimento.

Conforme á estas máximas, es indudable que cuantos desean conocer á fondo las verdades religiosas y se dedican al cultivo de las ciencias morales, sacarán gran provecho de la Biblia, cuyo desconocimiento es inexcusable en todo católico medianamente ilustrado.

Sobre todo en nuestros días es más útil el estudio de la Biblia, por cuanto muchos de los errores que en nombre de la ciencia se propalan contra la revelación, tienen asidero en un conocimiento inexacto de aquella ó en una interpretación torcida ó antojadiza de sus textos.

Es propio del cristiano y útil para él la lectura de la Sagrada Escritura, dice un célebre escritor, si la hace con el debido fin, respeto y sujeción; esto es, si la lee, no como los demás libros, sino como porque contiene la enseñanza misma

¹ «In rebus fidei et morum, ad edificationem doctrinae christianae pertinentium, eum pro vero sensu sacrae Scripturae habendum esse, quem tenuit ac tenet sancta Mater Ecclesia, cuius est iudicare de vero sensu et interpretatione Scripturarum sanctarum; atque ideo nemini licere contra hunc sensum aut etiam contra unanimum consensum Patrum ipsam Scripturam sacram interpretari» (Conc. Vatic., Const. dogm. de fide cath. c. 2). Cf. Conc. Trid. sess. IV, decr. de edit. et usu sacr. librorum.

de Dios; no por vana curiosidad, sino para instruirse en la divina doctrina y arreglar la vida; venerándola y creyéndola certisimamente como palabra de Dios, aunque no la pueda entender perfectamente; y no presumiendo de sus débiles luces para su inteligencia, sino someténdola al juicio y declaración de la Iglesia.

¡Con cuánta razón San Juan Crisóstomo se lamentaba ya en su tiempo de que muchos feles no entendiesen á San Pablo, por no leer asiduamente sus epístolas! y deplorando que igual cosa aconteciese con toda la Santa Escritura, decía que la ignorancia de ésta es el origen del contagio de las herejías y de la negligencia en las costumbres¹.

5. Juicio de varios escritores notables acerca de la Biblia. — «Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura», dice el elocuente Marqués de Valdegamas². «Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que, sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que, sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que, sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que, sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.»

¹ Cf. *Torres Amat* l. c.

² Discurso sobre la Biblia.

«No ha habido hasta ahora ni es posible que haya jamás un libro tan estudiado, tan examinado, tan analizado, como la Biblia», dice un distinguido obispo del Ecuador¹. «La Biblia ha sido el libro en cuyas páginas han buscado inspiración todos los grandes pensadores durante diez y nueve siglos; de la lectura de la Biblia han sacado esas obras maestras de sabiduría y de elocuencia con que han asombrado al mundo; en la Biblia no han cesado de meditar los santos; los eruditos la han comentado, explicándola palabra por palabra; contra la Biblia han conspirado poderosos ingenios, pero, á pesar de los extraordinarios esfuerzos que han hecho para destruirla, nada han podido conseguir, y la Biblia ha quedado invulnerable; es el libro por excelencia; es el libro divino contra el cual serán siempre impotentes los esfuerzos de la razón humana. ¿De dónde le viene á la Biblia su belleza inmortal, su verdad indestructible, sino de que contiene la doctrina revelada por Dios á los mortales?»

Discurriendo Balmes acerca de la Sagrada Escritura², dice que es «un libro que encierra en breve cuadro el extenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del más lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del Universo; un libro que, tejiendo la historia particular de un pueblo escogido, abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentran al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sabio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor; un libro donde el profeta, señoreado por el espíritu divino, truena contra la corrupción y extravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios del Sinaí,

¹ Ilmo. Señor González Suárez, Estudios bíblicos.

² «El protestantismo comparado con el catolicismo».

llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastación y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobo, en que, al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó, más bien, un conjunto de libros donde reinan todos los estilos, campean los más variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la majestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narración histórica y la rapidez y viveza del drama.»

Pasa con la Biblia lo que con la Iglesia católica, que ha sido y será siempre impugnada por tenaces enemigos, de quienes ha triunfado y triunfará en todo tiempo. Mientras haya ignorancia y prevaricaciones en el mundo; mientras el hombre, en su ciego orgullo, intente constituirse en árbitro de sus destinos; mientras se lance en pos de placeres vedados, hará guerra á la Escritura que condena los desvaríos de la razón y pone á raya los apetitos desordenados. Pero los que practican el bien, los que ansían la verdadera paz, los que desprecian los goces terrenales y levantan la mirada al cielo, patria de las almas, mirarán siempre á la Biblia, con mayor razón que al Arca de la antigua Alianza, como al receptáculo de todas las creencias y de todas las salvadoras esperanzas de la humanidad.

«¿Qué autoridad», afirma el Padre Maccarthy¹, «puede compararse con la del Antiguo Testamento, libro anterior con muchos siglos á todos los demás libros; el cual, lejos de parecer un informe ensayo, es superior, en todo género de bellezas y de perfecciones, á los libros más acabados de los hombres, como lo es el cielo respecto de la tierra? ¿Qué poesía, qué elocuencia tan sobrehumanas, qué sabiduría tan profunda, qué tesoros de conocimientos y de luces los que

¹ Primer sermón sobre la incredulidad.

en él se encierran! ... Y, sin embargo, ese libro que trata de todas las cosas y que se nos ofrece como infalible sobre todas ellas, hállese expuesto, desde hace tres mil años, á la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible notar, hasta hoy, en él, sobre un solo punto, un solo error ó una equivocación la más insignificante. ¡Cuántas veces los cálculos, las investigaciones y los pretensiosos descubrimientos de los sabios han venido á estrellarse en el decurso de los siglos, contra las bases establecidas por dicho libro! Y aun en nuestros días, ¿no se han visto obligadas una vez más todas las ciencias sublevadas por una filosofía audaz, á prosternarse ante los oráculos de Moisés, impugnados, siempre en vano, por la más ruidosa y soberbia rebeldía?»

Con razón el sapientísimo León XIII, en su luminosa Encíclica sobre el estudio de la Escritura, encarece á los católicos que «cultiven las Sagradas Letras con respeto y piedad vivísimos. Pero su inteligencia no puede obtenerse como conviene y de una manera saludable, si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de *esa sabiduría que viene de lo alto*. Una vez iniciado en esta ciencia, iluminado y robustecido por ella, el espíritu tendrá un poder asombroso para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, así como para cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por la senda de la virtud, y estará con mayor viveza animada del amor divino. «Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón! ... En las Escrituras se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud é invita al amor divino.... Y si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, y al gobierno de la vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en que se hallan maravillosamente reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas

y el anuncio de las penas del otro mundo; promesa y anuncio hechos en nombre de Dios y con el apoyo de sus palabras.»¹

CAPÍTULO OCTAVO.

LOS SANTOS PADRES, LOS APOLOGISTAS Y LOS ORADORES SAGRADOS.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres.— 2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres.— 3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos.— 4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.— 5. Males y bienes que ha causado.— 6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.— 7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.— 8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres.— Después de la Sagrada Escritura, que es *libro divino*, ocupan el primer lugar entre las producciones del ingenio humano las de los santos Padres, quienes sobresalen por su profunda ciencia y admirable virtud; de modo que sus obras forman un arsenal de útiles y variados comien-

¹ «Omnes alumnos et administratos Ecclesie paterna caritate admonemus, ut ad sacras Litteras adeant summo semper affectu reverentiae et pietatis: nequam enim ipsarum intelligentia salutariter ut opus est patere potest, nisi remota scientiae terrene arrogantia, studioque sancte excitatio eius *que deorsum est sapientie*. Cuius in disciplinam semel admissa mens, atque inde illustrata et roborata, mire valebit, ut etiam humanae scientiae que sunt fraudes dignoscant et viant, qui sunt solidi fructus percipiant et ad aeterna referant: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementer contendat: *Beati qui scribantur testimonia eius, in toto corde exquirunt eum* (Ps. XVIII, 2)... A Scripturis nimirum exstat, veluti vira et spirans, imago Christi, ex qua levatio malorum, cohortatio virtutum, amoris divini invitatio mirifice prorsus diffunditur... Quosdam de vitae morumque conformatione et disciplina quaeratur, larga indidem et optima subsidia habituri sunt viri apostolici: plena sanctitatis praescripta, suavitate et vi condita hortamenta, exempla in omni virtutum genere insignia; gravissima accedit, ipsius Dei nomen et verbis, praemiorum in aeternitate promissio, denuntiatio poenarum» (Encycl. *Procerentissimus Deus*).